

El 1º de julio un pequeño grupo de liberales se levantó en la población fronteriza de Palomas. La toma de esa población se consideraba necesaria para seguir adelante y operar de acuerdo con un plan más amplio. Gran resistencia se ofreció a los rebeldes que por disponer de poquísimas municiones no pudieron tomar el punto. En el combate desigual fué muerto Francisco Manrique. Praxedis G. Guerrero, Enrique Flores Magón y otros pudieron pasar de nuevo la frontera.

En 1910 se preparaba un nuevo movimiento en Acayucan encabezado por el mismo Hilario C. Salas. Con este motivo se proponían marchar al Estado de Veracruz, de El Paso, Texas, Praxedis G. Guerrero, Cecilio Garza y Juan Villarreal, para unirse a Salas. Cándido D. Padua y Santana Rodríguez (Santanón); mientras Lázaro Alanís debía ir al Estado de Chihuahua a operar con Prisciliano Silva, Lázaro Gutiérrez de Lara, Gabino Cano, José Inés Salazar, Cástulo Herrera y otros liberales. Circunstancias que se consideraron favorables para la causa, determinaron que se cambiara de plan y que la Junta Revolucionaria que radicaba en Los Angeles, California, dispusiera que todos fueran a revolucionar al Estado de Chihuahua. Cecilio Garza reunió algunos compañeros, debiéndose reunir todos con Guerrero en El Paso, en la casa número 815 de la calle del Tornillo. Cuando llegó allí el 24 de diciembre con los que lo acompañaban, supo que Praxedis con un grupo de los suyos había cruzado el Río Bravo y había dejado recado con la familia Mota que vivía en la casa referida, de que tan pronto pudiera se le incorporara, habiendo dejado a un compañero preparado para que lo guiara a donde él, Guerrero, se encontrara. Ese compañero de nombre José María García, no estuvo listo para pasar a lado mexicano en seguida, poniendo siete días de plazo para hacerlo, debiendo salir el 31 de diciembre. Ese mismo día como a las ocho de la mañana recibieron la gran sorpresa: los vendedores de perío-

dicos voceaban una extra con la muerte de Praxedis G. Guerrero en la población de Janos, del Estado de Chihuahua, la noche anterior. He aquí cómo se describe la muerte de Guerrero: "El 23 de diciembre (1910), una partida dirigida por ese bravo revolucionario se apoderó de un tren a veinte millas de Ciudad Juárez y obligó al maquinista a transportarlos a la zona de la lucha. El tren los llevó hasta estación Guzmán y desde allí partieron a caballo para Casas Grandes. A medida que el tren avanzaba, iban destruyendo los puentes. El mismo día envió Guerrero a sus amigos de Los Angeles el siguiente telegrama: "23 de diciembre de 1910. Hasta hoy sin novedad. Ferrocarril del noroeste sin puentes. Voluntarios uniéndonos.—Praxedis G. Guerrero."

Casas Grandes y Janos en Chihuahua, cayeron en poder de Guerrero y de su grupo. Desgraciadamente su osadía lo perdió. El 30 de diciembre fué muerto en un combate con las tropas porfiristas. El Partido Liberal perdió un elemento insustituible.

LA MUERTE DE SANTANON

Otra pérdida de gran importancia tuvieron las fuerzas rebeldes en el sur de Veracruz con la muerte de Santanón, como veremos más adelante.

Cándido Donato Padua y Santana Rodríguez resolvieron, contando con la cooperación de algunos compañeros que tenían en San Andrés Tuxtla, hacerse de los fondos del Banco de esta población. Para el efecto, reconcentraron al campamento general de Sotepan todo el contingente que se encontraba en distintos lugares ascendiendo a más de 200 individuos, además de los que se hallaban en sus casas, listos para cooperar en un momento dado. El 14 de septiembre, Santana, de acuerdo con Padua, salió del campamento a explorar las faldas de la sierra, acompañado de sus inseparables guerrilleros Eduardo Díaz y Fermín Cortés, así como de una escolta de seis hombres, bajo el mando inmediato de Espiridión Pérez, uno de los compañeros más valientes y de más confianza de Padua. . La exploración de Santana tenía por objeto conocer

el sitio indicado para el desembarque de unas armas que les enviaría la Junta del Partido Liberal, cerca de la Barra de Sontecomapan, así como abrir una brecha por la falda de la serranía, hasta comunicarse con la otra parte de la sierra, llamada San Martín debido al volcán del mismo nombre que allí se encuentra, para tener más cerca la plaza de San Andrés Tuxtla, donde los rebeldes darían el asalto al Banco.

De esa expedición regresó Santana a Soteapan el 5 de octubre, pero en condiciones deplorables, pues era presa de un fuerte ataque de paludismo. No obstante su mal estado, dedicó algunas horas con Padua para tratar varios asuntos, y en vista de la correspondencia recibida por éste de la Junta, que el mismo Padua leyerá a Santana, determinaron apresurar los acontecimientos, acordando entre ambos que uno de ellos se dirigiera desde luego a la finca azucarera de nombre San Carlos, para rescatar a unos yaquis que allí se encontraban trabajando por la fuerza, según comunicaron al campamento general compañeros de los rebeldes que vivían cerca de la referida finca, así como que los mismos yaquis estaban de acuerdo con unirse a las fuerzas rebeldes. Fué Padua quien al día siguiente, o sea el 6 de octubre, salió del campamento acompañado solamente de cuatro hombres, para hacerse menos sospechoso en el largo trayecto que tenían que recorrer, tocando forzosamente lugares habitados, y también por la seguridad que tenía Padua de contar con compañeros en otro campamento cercano al ingenio de azúcar San Carlos, llegando a dicho campamento después de ciertas peripecias, el día once del mismo octubre. Al día siguiente en la noche, la fuerza rebelde, compuesta ya de diez hombres, efectuó el asalto, habiendo capturado al velador de los cautivos yaquis, Juan Ortiz, quien despiadadamente flagelaba a los infelices trabajadores, y sacado a éstos desde luego del encierro en que se encontraban, pues dormían dentro de un cerco de alambre de púas, igualmente que en el fatídico Valle Nacional o Valle de las Calaveras, como lo llamaba el satírico periódico "El Hijo del Ahuizote" por los numerosos hombres del pueblo que allí morían a manos de negreros cosecheros de tabaco, quienes los obtenían de las cárceles, en forma de tráfico de carne humana, de los jefes políticos del interior del país. Los yaquis eran, por parte de los

hombres, en número de veinticinco, y catorce por parte de las mujeres, teniendo algunas de ellas pequeños hijos. Hubo un momento en que Padua pensó dejar a las mujeres, y ya que iba a poner en práctica ese propósito, algunos de los hombres le rogaron que no abandonara a sus familias, porque serían víctimas de los dueños de la finca. Entonces dispuso que también se embarcaran en las lanchas que para el efecto habían tomado ya.

Emprendieron su regreso río abajo con marcada lentitud, porque no había gasolina para echar a andar el motor y remolcar a otra embarcación con más gente. Sin embargo, llegaron al amanecer del día siguiente al punto donde tenían que desembarcar para proseguir la marcha a pie, lo que se dificultó que fuera con la rapidez que las circunstancias exigían para no dar tiempo al enemigo a que les cortase el paso, porque las mujeres y los niños caminaban muy despacio, máxime que los caminos estaban obstruídos por el fango a causa de las pertinaces lluvias. Padua presintió lo que iba a suceder, pero se reservó sus presentimientos para no infundir temor en el ánimo de los libertados y de los otros compañeros.

Caminando de la manera indicada, llegaron a la ranchería denominada Amamaloya, el día 14 en la noche, fecha en la que habrían podido llegar al campamento de Soteapan si hubieran andado con mayor rapidez. Apenas habían llegado al mencionado sitio, punto medio del camino que tenían que recorrer, Padua mandó hacer alto en una sabana, tanto para que descansara la gente como para mandar recoger un bastimento que, de antemano, había ordenado preparar con los compañeros de ese lugar. Habría transcurrido media hora a lo sumo, cuando se oyó el "¡Quién vive!" del enemigo, que tenían ya encima, por decirlo así, pues la avanzada compuesta de dos individuos, que Padua había mandado apostar a unos 300 metros, apenas si se dió cuenta de él; el cansancio y los desvelos de días anteriores; seguramente hicieron que se adormilaran los que la formaban. Inmediatamente Padua ordenó que todas las mujeres y también los hombres que carecían de armas, se pusieran pecho a tierra; y él y ocho individuos más, puestos rodilla en tierra, se dispusieron al combate; protegidos por la abundante maleza que los rodeaba, no los veían los rurales, y a éstos sí los

veían ellos perfectamente, debido a la luz de la luna que alumbraba aquella noche espléndidamente, filtrando sus rayos por los intersticios de la maleza, cual si quisiera ayudar a los rebeldes. Esta circunstancia protegió a éstos grandemente para tener a raya al enemigo, mientras llegaba una escolta de ocho hombres que había quedado unos kilómetros atrás, cumpliendo alguna comisión que le encomendara Padua, y la cual al darse cuenta del tiroteo apresuró su marcha para auxiliarlos. Con este contingente, que llegó oportunamente, lograron poner en fuga a los defensores de la Dictadura, al mando del capitán de caballería Francisco Cárdenas, quien después fué el instrumento para asesinar al Presidente Madero. En la fuga pudieron llevarse sus muertos y heridos hasta Acayucan, para dar parte de lo acontecido al coronel Jaso, que era el jefe de la plaza, donde se dedicaba a las más escandalosas orgías.

Uno de los guías de los rurales que cayó en manos de los rebeldes informó a éstos que aquéllos, los rurales, eran en número de catorce e igual cantidad de indígenas, que habían tomado al pasar por el pueblo de Tatahuicapa, armándolos con carabinas.

Por parte de los rebeldes resultaron dos heridos de relativa gravedad; también resultaron varios heridos de los yaquis no combatientes por carecer de armas y una mujer que se encontraba en cinta.

En el próximo capítulo se verá cómo murió Santanón.